

Profesores que dejaron huella

YASNA KELLY

Estas alturas de la cuarentena, son muchos los que merecen aplausos, además del sacrificado personal de salud. Entre estos, los padres y, especialmente, madres que a sus teletrabajos y labores habituales de la casa se les sumó ahora el "telecolegio" de los niños. Pero también, y muy especialmente, los profesores. Desde que en marzo pasado se suspendieron las clases presenciales, se enfrentaron, de un momento a otro, a un desafío para el que una buena parte de ellos no se sentía preparado: enseñar a la distancia; hacer clases a través de videollamadas o Zoom; enviar informes o responder dudas por redes sociales; atender las múltiples preguntas y reclamos de los papás que deben acompañar a sus hijos mientras hacen sus teletrabajos; responder infinidad de correos electrónicos; llamar a sus alumnos por teléfono... todo lo anterior, también desde sus casas. En localidades apartadas, donde no hay señal o los niños no tienen computadores o teléfonos disponibles, han debido ingeniárselas para ir a visitarlos, llevarles materiales y alimentación, protegiéndose para mantener alejado el virus.

Estas son solo algunas de las situa-

ciones a las que se han enfrentado colegios, directivos y profesores para que sus alumnos puedan continuar con su educación. Son estos profesores "jugados" los que dejan huella, y muchas veces son la inspiración futura para esos niños y jóvenes en su desarrollo profesional y personal.

Como lo fue Emelina Molina Alcaiyaga, para la premio Nobel Gabriela Mistral. Emelina, hermana de Lucila por parte de madre, fue una joven maestra que se hizo cargo de su madre y hermana, luego que el padre de Lucila, también profesor, las abandonara. "[...] me dio enteramente la educación recibida en la infancia, que en buenas cuentas es la única que tuve y que me fue transmitida, puede decirse, en las rodillas fraternas. El mérito de su formación se me ocurre que sea el de no haber deformado nada en mí... y el haberme enseñado a base de imaginación y de sentimiento, con relatos bíblicos y con la vida del campo" (Carta de Gabriela Mistral a Virgilio Figueroa, Puerto Rico, 1933).

Como una forma de destacar la labor docente, preguntamos a algunos premios nacionales quién fue ese profesor que los marcó en su vida y por qué. Aquí, algunos de esos recuerdos.



Emelina Molina junto a su grupo escolar. Fue la maestra de la poeta Mistral en la Escuela de Montegrande. En la foto, la pequeña Gabriela, vestida de negro, de pie a la derecha de su hermana.



Oscar Hahn, Premio Nacional de Literatura 2012. "Yo había tenido que ausentarme un año completo del Liceo de Rancagua, debido a una enfermedad. Cuando regresé, me encontré con que había llegado una nueva profesora de Castellano: la señorita Lucía. Apenas pronunció su primera frase en la sala de clases quedé como en trance. Ella citó de memoria estos versos de Neruda: 'Quiero hacer contigo / lo que la primavera hace con los cerezos'. Yo juraba que mientras decía los versos me había estado mirando fijamente a los ojos. Después me enteré de que por lo menos cinco compañeros más juraban lo mismo. Pero a mí ya me habían crecido alitas, así que me atreví a esperar a la salida del liceo y a preguntarle si podía mostrarme mis primeros poemas. La señorita Lucía accedió. Varias décadas después puedo decir que fue ella la que orientó mi poesía en la dirección correcta. Esos mismos poemas son los que aparecen en mi primer libro, 'Esta rosa negra', que en 1961 obtuvo el Premio Alerce de Poesía. El libro fue una invención a dos voces: la de un joven estudiante secundario y la de una joven profesora de Castellano: la señorita Lucía".



María Victoria Peralta, Premio Nacional de Educación 2019. "De la época del colegio guardo especial recuerdo de dos profesoras del Cambridge College: miss Teresa, profesora de Historia, y miss Guillermina, profesora de Biología, ambas de humanidades (ed. media). No solo amaban su disciplina con entusiasmo y lo transmitían, sino que además tenían gran cercanía afectiva con sus alumnos, quienes encontrábamos en ellas respuestas a preguntas que iban más allá de lo formal de las clases.

De la Escuela de Educadoras de Párvulos, destaco a Rebeca Soltanovich de Stein. Mujer inteligente, estudiosa, elegante, hermosa en todos los aspectos, desde el primer día nos traspasó la importancia de la carrera en el desarrollo del país. Otra gran maestra que tuve en Pedagogía en Educación Musical en el Conservatorio de la U. de Chile fue Viola Soto Guzmán, Premio Nacional de Educación en 1991. La forma como ella, con su dulzura, inteligencia y saber pedagógico, reencantó a estos difíciles alumnos fue maravillosa; a partir de su arte los fue vinculando al ámbito de lo curricular, y todos la amamos a ella y a esta disciplina pedagógica. Mis vínculos con ella fueron tan fuertes que duraron hasta el día de su muerte hace tres años".



Guido Garay, Premio Nacional de Ciencias Exactas 2017. "El profesor que me marcó profundamente en mi etapa escolar fue don Alfonso Bravo, profesor de Matemáticas del Instituto Nacional. Al inicio de la clase hablaba de diferentes temas, cautivando así la atención de sus alumnos desde el primer minuto. Recuerdo que los días lunes comenzaba con un recuento de la jornada futbolera del fin de semana. En otras ocasiones nos hablaba del clima político imperante en el país. Con su eximia habilidad como comunicador y su extraordinaria pasión por enseñar, la hora de clases procedía con fluidez, interés y agrado. No exagero si digo que la totalidad de mis compañeros de curso aprendimos con don Alfonso a pensar lógicamente y a gozar de las matemáticas. En 1963 nos contó que había visitado en Puerto Rico el recién inaugurado radiotelescopio de Arecibo, con el que se podían observar fenómenos que no era posible captar con telescopios ópticos. Se abría entonces el estudio de un universo invisible, lo que me cautivó de manera profunda. Estoy seguro que desde ese día decidí ser un radioastrónomo".



Alipio Vera, Premio Nacional de Periodismo 2013. "Alba García de Gómez era la profesora de Castellano que durante los tres últimos años de enseñanza media (humanidades en aquel tiempo) tuve la suerte de tener en el Liceo de Hombres de Puerto Montt. Ella fue muy insistente en que debíamos entender lo que leíamos, poner atención en la ortografía y la redacción. Todos los lunes hacíamos una 'cucha' para comprar 'El Mercurio' y 'El Llanquihue', y nos motivaba a leerlos y compararlos. De ahí, sin suda, buena parte de mi vocación por el periodismo. Junto a su esposo, Gastón Gómez, profesor de Artes Manuales, se preocupaban mucho de nuestra educación cívica, de abrigar el espíritu de servicio a la comunidad, del respeto a los mayores y a todos quienes nos rodean. Y tan importante como eso, era el convencernos a hijos de obreros y campesinos, que éramos la mayoría en ese lugar, de que teníamos la capacidad e inteligencia para alcanzar metas y superarnos en los más diversos sentidos. El recuerdo de una maestra como esa no se borra jamás".



Beatrice Ávalos, Premio Nacional de Educación 2013. "Estudié en el Liceo de Niñas N° 7 de Providencia. Perla Johnson de Gana fue mi querida profesora de Gimnasia durante las humanidades; su entusiasmo y paciencia para lograr que todas llegásemos lo más lejos posible, a pesar de las diferencias de capacidad física y, por qué no decirlo, de entusiasmo por el ejercicio, eran reconocidas. El recuerdo más claro fue el haberme estimulado a nadar en carrera con quien era la campeona sudamericana de natación y que estaba en el liceo (Eliana Bush). Me arriesgué, y como era de suponer, perdí. Aprendí acerca de la importancia de no darme por vencida de antemano y de tratar de ir más allá. Zulema Munizaga, mi profesora de Historia y Geografía, me hizo apreciar la historia, no desde lo que había que memorizar, sino a partir de los personajes singulares y de la interrelación entre los hechos políticos, sociales, artísticos, humanos, de las épocas que estudié con ella. Recuerdo especialmente la forma en que nos ayudó a apreciar el Renacimiento y sus grandes artistas. Volví al liceo para hacer mi práctica y Zulema se convirtió en mi guía; su capacidad pedagógica fue quizás la mayor influencia sobre mi decisión de dedicarme a ella mediante un doctorado en Educación".



Héctor Noguera, Premio Nacional de Artes de la Representación y Audiovisuales 2017. Su profesor de Castellano del Colegio San Ignacio Alonso Ovalle, Alfredo Peña, fue su inspiración para ser actor. "El profesor Peña era muy joven y formó un grupo de teatro, representaban obras escritas por él mismo, explicaba muy bien los libros y era, además, muy cercano. Gracias a él conocí el teatro", dice Noguera. Y no solo lo recuerda con afecto. Hace unos meses lo fue a visitar.



Diamela Eloit, Premio Nacional de Literatura 2018. "En el Saint Rose School tuve la suerte de tener al señor Villarroel, mi profesor de Castellano, inteligente, culto, apasionado por la literatura. Pero, en definitiva, como profesora, conozco muy bien a mi gremio y puedo asegurar que el profesorado es fundamental para estimular el futuro de los estudiantes. Los admiro y los respeto. Especialmente a los que trabajan en la educación pública y en colegios subvencionados, donde portan una carga laboral alucinante. El señor Villarroel, mi profesor de Castellano, fue uno de ellos".

Fabián Jaksic, Premio Nacional de Ciencias Naturales 2018. "En 1959, a los 7 años ingresé a primera preparatoria de la Escuela Superior de Hombres N° 7 de Punta Arenas. Egresé de allí al sexto año, en 1964. Los maestros formados en Escuelas Normales nos acompañaban durante toda nuestra permanencia en el colegio y enseñaban todos los contenidos del currículum. Así tuve de maestra a Julia Ojeda de Calcutta. Ella estaba interesada en ciencias naturales y sospecho que nos pasaba más materia de la que correspondía a nuestro nivel. Así ella me despertó el interés por el medio que nos rodeaba. Dado que siempre me sacaba buenas notas y Julia se lo hacía saber a mi madre Nidia, ella me compraba libros sobre la naturaleza cuando viajaba a Santiago. Crecí así motivado por mis lecturas, estimulado por mis notas y motivado por mi maestra Julia. A ella le debo mi interés por la ciencia en general y los animales en particular. Y lo mejor de todo es que Julia fue testigo de mis posteriores éxitos académicos, los cuales yo le contaba, y quiero creer que ella también se sintió orgullosa".



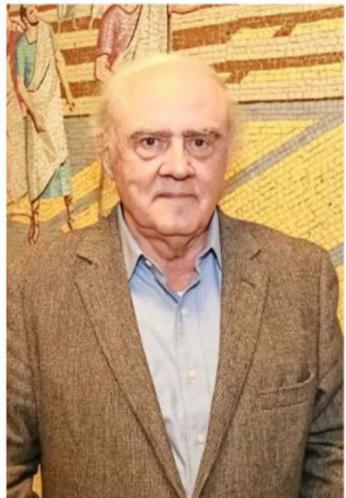
Carmen Luisa Letelier, Premio Nacional de Artes Musicales 2010.

"La persona que más me marcó durante mi paso por el colegio fue la madre Ignacia, de la orden de Santa Ursula. Alemana de la época anterior a la II Guerra Mundial, educada en el rigor de una familia acomodada, pero de esfuerzo, cultísima, dominaba el alemán, el inglés, el latín, por supuesto el español y algo el griego. Era nuestra maestra de Historia y de Latín, además de ser jefa de curso durante todas las humanidades. Sus clases eran un modelo de integración entre todos los conocimientos; por ejemplo, cantábamos alguna cantiga de Alfonso X el Sabio, música que entonaban los marineros de las tres carabelas, la Pinta, la Niña y la Santa María. Era maestra de modales, de discreción, de profundidad y veracidad en los juicios, con una gran sabiduría para conocer a cada una de sus alumnas. Nos enseñaba que debíamos 'volar como un águila sobre los problemas', para tener una mirada de conjunto y no quedarse en los detalles que te obstruyen el paso".



Agustín Squella, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2009.

"Tuve dos en el Colegio Episcopal San Rafael de Valparaíso. El sacerdote Julio Duque Arévalo, mi confesor y director espiritual (aunque no tuvo mucho éxito en la segunda de esas funciones). Lo llamábamos 'cura', no 'padre', atendida su manifiesta virilidad. Aunque él era simpático de la DC, me puso en rumbo hacia la izquierda por su constante invitación a tomarme en serio la doctrina social de la Iglesia y las exigencias de la justicia social. Lisandro Guerrero, un laico de matemáticas que trataba a sus estudiantes como adultos, me abrió los ojos a la complejidad de las personas, a la tolerancia, y al contrato de indulgencia mutua que nos debemos unos a otros. En la universidad, Carlos León Alvarado, escritor y profesor de filosofía del derecho. En sus clases enseñaba poco de esta última, y su conversación, todos los viernes en el Café Riquet a la hora del té, nos ensanchó a varios jóvenes la mirada sobre el mundo, sobre hombres y mujeres, sobre la literatura, sobre la provincia.



Abraham Santibáñez, Premio Nacional de Periodismo 2015. "Soy periodista gracias al ejemplo de vida de muchas personas, pero al momento de escoger uno, quien más influyó en mi futuro como persona y como profesional fue el padre Raúl Silva Henríquez, director del Colegio Salesiano en La Cisterna, en los años 40. Lo recuerdo como una autoridad exigente, pero cordial y cercana; fue mi profesor durante un breve período, pero lo sentí un maestro de toda la vida. Como periodista, pude entrevistarlo y seguir de cerca su importante papel en el Concilio. En medio de una élite de cardenales europeos, era mirado con respeto por la solidez de sus argumentaciones en un momento en que se jugaba el futuro de la Iglesia Católica".



José Maza, Premio Nacional de Ciencias Exactas 1999. "De mi infancia recuerdo con mucho cariño a la señorita Elena, que fue mi profesora de primero a cuarto de preparatorias (cuarto básico hoy), en la Escuela N°1 de Parral. Con ella aprendí a leer y escribir, y las tablas de multiplicar, junto con las cuatro operaciones aritméticas. Siempre sentí que era su favorito (no sé si en realidad lo era), pero yo la quería porque siempre creí que ella también me quería. En el Internado Nacional Barros Arana tuve muy buenos profesores. Don Mario Dussuel en Física; el señor Cáceres en Matemáticas, el señor Villarroel en Química, el señor Arratía en Historia y el señor Madariaga en Biología. Pero el que me hizo volver a las matemáticas fue el profesor Ítalo Clandestino, profesor en tercero de humanidades (1º medio hoy). Era muy entusiasta y mostraba un notable interés en que aprendiéramos lo que él nos enseñaba. Además, me llevó a observar las estrellas desde la terraza del pabellón de Física. Fue la primera vez que miré con un telescopio. Aquello me marcó de por vida".



Ricardo Uauy, Premio Nacional de Ciencias Aplicadas y Tecnológicas 2012. Estuvo en varios colegios, desde la Escuela de Humanidades, el Liceo Luis Campino, luego en Estados Unidos y México. Su permanencia en ese país lo marcó por la posibilidad de ver diversidad, como por desarrollar la capacidad de adaptarse al medio y no esperar que alguien le entregara una respuesta. Terminó sus estudios en el Colegio Saint George, donde recuerda especialmente al profesor de Química, el señor Petit, y al de Biología, el profesor Jara. Recuerda que se trataba de profesores muy exigentes, pero que empleaban un método de enseñanza interactivo con sus alumnos, y lograba que estuvieran siempre atentos.



Manuel Silva Acevedo, Premio Nacional de Literatura 2016. "Más que un profesor, el que nos marcó y nos hizo entrar en el mundo de la literatura fue don Ernesto Boero Lillo, bibliotecario del Instituto Nacional y mentor de la Academia de Letras Castellanas del Instituto, donde nos formamos y dimos nuestros primeros pasos. Antonio Skármeta, Carlos Cerda, Waldo Rojas, Antonio Rojas Gómez, y yo mismo. Gracias a sus relaciones y amistades en el ámbito de la literatura nacional tuvimos la oportunidad de escuchar a escritores como José Donoso, Carlos Droguett, Eliana Navarro y José Miguel Vicuña, entre otros. De ellos y de don Ernesto recibimos el estímulo para seguir nuestro camino en las letras nacionales".



Federico Assler, Premio Nacional de Arte 2009. A veces los recuerdos no son muy buenos. Ningún profesor de colegio me marcó o dejó huella en mis años escolares. Es más, en el Instituto Nacional un profesor me puso un 1 en el examen final de dibujo. Terminando quinto año de Humanidades, dando los exámenes, decidí irme a trabajar a una fábrica y ahí aprendí dibujo técnico con un ingeniero músico, y aprendí mucho. Al poco tiempo me fui a Buenos Aires y Génova sin un peso. Fue el inicio de la búsqueda de la cosa propia, la libertad, ¡la aventura! La vida es una gran aventura y sigo pensando así a los 91 años. En el barco lleno de inmigrantes que volvían de regreso a Italia conocí a un arquitecto joven, quien fue una gran influencia y estímulo. Me quedé dos años en Italia y Francia viendo arte, y después regresé a Chile y entré a Arquitectura a la UC de Valparaíso. Fue un año y después partí con la pintura. Ese fue el comienzo de un largo caminar por realizar el misterio de lo propio, el afán por el arte".